

Me imaginaba a la Reina de Corazones como una especie de personificación de la pasión ingobernable, una furia ciega y sin objeto.

LEWIS CARROLL

Tres exquisitas tartas de limón brillaron bajo la mirada de Catherine. Extendió las manos envueltas en paños dentro del horno, haciendo caso omiso del calor que envolvía sus brazos y le golpeaba las mejillas, y levantó la bandeja. El relleno dorado de las tartas tembló, como si le alegrara que lo liberasen del horno de piedra.

Cath sujetó la bandeja con la misma veneración que se le podría reservar a la corona del Rey. Se negó a quitarles los ojos a las tartas mientras cruzaba lentamente el suelo de la cocina hasta que el borde de la bandeja aterrizó sobre la mesada con un golpe que la llenó de satisfacción. Las tartas se estremecieron un instante más antes de quedar quietas, impecables y relucientes.

Dejando los paños a un lado, eligió algunas cáscaras de limón rizadas y confitadas, dispuestas sobre el desplegado papel de pergamino, y las acomodó como pimpollos de rosa sobre el centro aún tibio de las tartas. El aroma a cítricos dulces y a hojaldre mantecoso se esparció bajo su nariz.

Cath dio un paso atrás para admirar su obra.

Las tartas le habían llevado toda la mañana. Cinco horas de pesar la mantequilla, el azúcar y la harina; de mezclar, unir y estirar la masa; de batir, cocinar a fuego lento y colar las yemas de huevo y el jugo de limón hasta que estuvieran espesos, cremosos, del color de botones de oro. Había glaseado la corteza y formando pliegues homogéneos alrededor del borde, como un tapete de encaje. Había hervido y confitado las delicadas tiras de cáscara de limón y molidos cristales de azúcar hasta obtener un polvo fino para adornarlas. Sentía unos deseos irrefrenables de espolvorear los bordes en ese mismo instante, pero se contuvo. Primero, tenían que enfriarse; de otro modo, el azúcar se

derretiría y la superficie quedaría cubierta de lagunas poco atractivas.

Estas tartas representaban todo lo que había aprendido en los ajados libros de recetas que se hallaban sobre el estante de la cocina. No había un solo momento de apremio, ni un acto de descuido, ni un ingrediente de menor calidad dentro de estos moldes estriados. Había sido meticulosa con cada paso, horneando su propio corazón dentro de ellas.

Demoró la inspección, revisando cada centímetro, cada ondulación de la corteza, cada superficie brillante.

Finalmente, se permitió una sonrisa.

Delante de ella había tres tartas perfectas de limón, y todos los habitantes de Corazones -desde los pájaros dodo hasta el mismo Rey- tendrían que reconocer que era la mejor repostera del reino. Hasta su propia madre se vería obligada a admitirlo.

Liberada de su preocupación, dio unos saltitos y soltó un grito, mientras se llevaba ambas manos a la boca.

—Ustedes son las joyas de mi corona —proclamó, extendiendo los brazos sobre las tartas como si les confiriera un título honorífico—. Ahora les pido que salgan al mundo con su cítrica exquisitez y hagan sonreír a todas las bocas que honren con su presencia.

—¿Estás hablando de nuevo con la comida, Lady Catherine?

—Ah, no, no cualquier comida, Cheshire —levantó un dedo sin mirar atrás—, ¿Me permites que te presente a las tartas de limón más maravillosas que jamás se hayan preparado en el gran Reino de Corazones?

Una cola a rayas se enroscó alrededor de su hombro derecho.

Una cabeza peluda, provista de bigotes, apareció a su lado izquierdo. Cheshire ronroneó pensativo; el sonido bajó vibrando por la columna de Catherine. —Asombroso —dijo en ese tono que siempre la hacía dudar de si estaría burlándose de ella—. Pero ¿dónde está el pescado?

Cath se chupó los cristales de azúcar de los dedos.

—No hay pescado.

—¿No hay pescado? ¿Qué sentido tiene?

—El sentido es alcanzar la *perfección* —el estómago le hacía cosquillas cada vez que pensaba en ello.

Cheshire desapareció de sus hombros y reapareció sobre la mesada, las garras de sus patas sobrevolaban los pastelillos. Cath saltó hacia delante para ahuyentarlo. —¡No te atrevas! ¡Son para la fiesta del Rey, tonto!

Los bigotes de Cheshire se retorcieron.

—¿El Rey? ¿De nuevo?

Las patas de la banqueta chirriaron contra el suelo al tiempo que Cath arrastraba el asiento a la mesa y se apoyaba encima.

—Pensé en guardarle una. Las demás pueden servirse en el banquete. Su Majestad se pone tan contento, ya sabes, cuando le horneo pasteles. Y un rey feliz...

—Contribuye a un reino feliz —Cheshire bostezó sin molestarse en taparse la boca. Con una mueca de disgusto, Cath levantó las manos para proteger las tartas de cualquier aliento apestoso a atún.

—Un rey feliz también es una excelente carta de presentación. Imagina si me fuera a declarar repostera oficial de tartas del reino. La gente haría kilómetros de fila para probarlas.

—Tienen un olor ácido.

—Son tartas de *limón* —Cath volteó uno de los moldes para que el pimpollo de cáscara de limón se alineara con los demás. Siempre estaba atenta a la presentación de sus dulces. Mary Ann decía que sus pasteles eran aún más bellos que los preparados por los chefs reposteros del Rey.

Y después de esta noche, sus postres no solo serían conocidos como los más bellos; serían considerados los mejores en todo sentido. Semejantes elogios eran justo lo que ella y Mary Ann necesitaban para abrir su pastelería. Después de tantos años de planearlo, sentía que el sueño comenzaba a hacerse realidad.

—¿Es temporada de limones? —preguntó Cheshire, observando a Cath reunir los restos de cáscaras de limón y guardarlos en un lienzo. Los jardineros las emplearían para ahuyentar las pestes.

—No exactamente —dijo, sonriendo para sí. Los recuerdos de aquella mañana volvieron sigilosos a su mente. La luz pálida que se filtraba por las cortinas de encaje. El aroma a cítricos en el aire al despertarse.

Una parte de ella quería conservar el recuerdo escondido en el pecho como un secreto, pero Cheshire se enteraría en seguida. Un árbol que brotaba en el dormitorio de la noche a la mañana era algo difícil de ocultar. Cath se sorprendió de que aún no hubieran corrido los rumores, dada la habilidad que tenía Cheshire para el cotilleo. Tal vez había estado demasiado ocupado durmiendo toda la mañana. O, sin duda, había conseguido que las criadas le frotaran la barriga.

—Proviene de un sueño —confesó, llevando las tartas a la fresquera, para que se terminaran de enfriar.

Cheshire se sentó sobre las patas traseras.

—¿Un sueño? —el gato abrió la boca en una ancha sonrisa, dejando entrever los dientes—. Cuéntame...

—¿Y que se entere la mitad del reino para el atardecer? De ninguna manera. Tuve un sueño, me desperté y encontré un limonero que crecía en mi habitación. Es todo lo que necesitas saber.

Cerró la fresquera con un portazo terminante, tanto para llamarse a silencio como para evitar más preguntas. La verdad era que había llevado el sueño pegado a la piel, acechándola y provocándola, desde el momento en que se despertó. Quería comentarlo casi con las mismas ganas con que deseaba mantenerlo guardado sin contárselo a nadie.

Había sido un sueño difuso y bello, y en él apareció un muchacho difuso y bello. Estaba vestido todo de negro, parado en un huerto de limoneros, y ella tuvo la inconfundible sensación de que tenía algo que le pertenecía. No sabía qué; solo que deseaba que él se lo

devolviera, pero cada vez que daba un paso adelante, él retrocedía más y más lejos.

Un escalofrío le recorrió la espalda de su vestido. Aún la carcomía por dentro la curiosidad, la necesidad de ir tras él.

Pero lo que más la obsesionaban eran sus ojos. Amarillos y tersos, dulces y ácidos. Sus ojos habían sido brillantes como limones a punto de caer de un árbol.

Apartó los tenues recuerdos y se volteó hacia Cheshire.

—Para cuando me desperté, una rama del árbol ya había arrancado de cuajo uno de los pilares de la cama. Por supuesto, mamá hizo que los jardineros lo talaran antes de que siguiera causando destrozos, pero antes logré extraer en secreto algunos limones.

—Me preguntaba por qué se había armado semejante revuelo esta mañana —Cheshire le dio un coletazo a la tabla—. ¿Estás segura de que se pueden comer? Si salieron de un sueño, podrían ser, ya sabes, *ese* tipo de comida.

Cath volvió a dirigir la atención lánguidamente a la fresquera cerrada, y a las tartas ocultas detrás de la tela metálica.

—¿Te preocupa que el Rey pueda volverse más bajo si come una?

Cheshire resopló.

—Por el contrario, me preocupa que si yo como una, me transforme en una ballena. Estoy cuidando la silueta, ¿sabes?

Riéndose, Cath se inclinó sobre la mesa y le rascó la barbilla.

—No importa el tamaño que tengas, eres perfecto, Cheshire. Pero las tartas no presentan ningún riesgo; mordí un pequeño trozo antes de ponerlas en el horno —sus mejillas se fruncieron ante el agrio recuerdo.

Cheshire había comenzado a ronronear y ya no la escuchaba. Cath ahuecó la mano libre bajo el mentón del gato, mientras este se dejaba caer de costado, delirando, y las caricias descendieron hacia su barriga.

—Además, aunque fueras a comer comida en mal estado, me seguirías sirviendo. Siempre he querido un carruaje tirado por gatos.

Cheshire abrió un ojo: su pupila era una hendidura indignada.

—Te colgaría por delante ovillos de lana y huesos de pescado para conseguir que te movieras.

—No eres tan simpática como lo crees, Lady Pinkerton —interrumpió el ronroneo apenas un instante.

Cath le dio un golpecito en la nariz y se apartó.

—Podrías hacer tu truco de magia de desaparecer y luego todo el mundo creería: *¡Vaya, vaya, miren a esa gloriosa cabezota jalando id carruaje por la calle!*

La mirada de Cheshire era ahora indiscutiblemente asesina.

—Soy un felino orgulloso, no una bestia de carga.

Desapareció con un resoplido.

—No te enojas, solo bromeaba —Catherine se desató el delantal y lo colgó de un gancho en la pared, revelando, sobre su vestido, perfecta silueta, antes delineada con harina y trozos de masa seca